

bam
bú

FERNANDO LALANA
JOSÉ M^a ALMÁRCEGUI

NUNCA MÁS



Editorial Bambú
es un sello de Editorial Casals, SA

© 2014, Fernando Lalana, José M^º Almárcegui

© 2014, Editorial Casals, SA

Tel. 902 107 007

www.editorialbambu.com

www.bambulector.com

Diseño de la colección: Estudi Miquel Puig

Ilustración de cubierta: Francesc Punsola

Primera edición: febrero de 2014

ISBN: 978-84-8343-292-1

Depósito legal: B-29053-2013

Printed in Spain

Impreso en Anzos, SL

Fuenlabrada (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Libro primero

«Un cuerpo en movimiento no puede, por sí mismo,
modificar la velocidad ni la dirección
de dicho movimiento.»

Johannes Kepler
Principio de inercia

3. Adiós, mundo cruel

(23 de junio de 1970. Más bien temprano)

— **A**diós, mundo cruel —digo, agarrado a la barandilla del viaducto.

¿De dónde me habré sacado yo esta frase tan cursi? Ni idea. Pero estoy seguro de que es eso, justamente, lo que hay que decir en estas circunstancias.

—¡Adiós, mundo cruel!

Miro hacia abajo. El abismo. Por lo menos hay veinticinco metros de caída, lo cual supondrá... vamos a ver... partiendo del reposo y con una aceleración gravitacional de nueve, coma, ocho metros por segundo-cuadrado... uf, necesitaría una calculadora. Pero, en cualquier caso, no durará mucho. Eso, seguro.

Imagino la trayectoria de mi caída. Fiiuuu... Como casi no hay sitio, apenas podré darme impulso, así que trazaré una parábola muy alargada que terminará... fiiuuu... ¡pom! ¡Ostrás! Me parece que voy a caer justo encima del quiosco de Ramón. Pues se lo voy a dejar hecho una co-

chambre. Y justo ahora que empieza el verano, la única época del año en que el pobre Ramón vende algo. Menuda faena...

No. Definitivamente, no puedo hacerle eso a Ramón. No me lo perdonaría nunca. Voy a buscar otro sitio donde matarme.

¡Ya sé! El tren. Voy a tirarme al tren. Con eso, no le fastidio el negocio a nadie. Como mucho, a la Renfe. Lo malo es lo lejos que está de aquí la vía. La caminata que me habría ahorrado de haberlo pensado antes. Está visto que, últimamente, nada me sale bien. Llevo un tiempo en que mi vida no parece mía. Todo a mi alrededor parece funcionar por su cuenta, sin mi intervención, sin que yo pueda hacer nada por cambiarlo.

Debe de ser lo de la inercia, que nos explicó una vez don Prudencio.

o. Preámbulo

¡Huy! Perdón, perdón... creo que no me he presentado: me llamo Dalmacio. Dalmacio Sánchez Vallejo, concretamente, por si ustedes se preguntan cuál de los muchos Dalmacios de este mundo es el que les habla.

He tenido una vida corta, de tan solo once años y medio y, antes de que termine, me gustaría contársela, por si les puede servir de algo. Mi problema es que no sé por dónde empezar. El día en que mis padres se conocieron me parece demasiado pronto. Y si empiezo por la visita que mis amigos y yo hicimos anteayer al depósito de cadáveres del Instituto Anatómico Forense, igual no se enteran ustedes de nada. No sé... quizá debería limitarme a relatarles tan solo lo ocurrido durante los últimos meses. Sí, será lo mejor porque, realmente, los primeros diez años de mi vida fueron un rollo. La típica existencia aburrida de un niño español de mediados del siglo xx.

Pero en los últimos meses... ¡buoh...!, me han ocurrido cosas que ustedes no creerían.

El Castaño de Lambán

¡Ah, ya sé! Hay un acontecimiento que posiblemente esté en el origen de todo el cuento que quiero contarles: el día, creo que fue un miércoles, a principios del curso pasado, en que Don Basilio, en plena clase de Ciencias Naturales, nos dejó a todos sus alumnos de una pieza al sacarnos del colegio y conducirnos, caminando en fila india por la cercana orilla del Canal Imperial, hasta la primera curva de la carretera. Y allí, impasible ante las nubes de mosquitos trompeteros que se abalanzaban sobre nosotros, nos obligó a detenernos frente a un árbol gigantesco que, por otra parte, ya todos habíamos visto miles de millones de veces.

–¿Alguno de vosotros sabe decirme qué árbol es este? –preguntó entonces, con su voz ronca y nasal.

–Pues claro. Es el árbol de la curva –respondió Blasco–. Todo el mundo lo sabe.

–Le voy a quitar medio punto de la nota final, Blasco. Por gracioso.

–Oiga, no, don Basilio...

–Es un castaño de indias –respondió entonces el empollón de Sánchez Velilla–. Nombre científico: *Aesculus Hippocastanum*.

12 –Muy bien, Velilla. Muy bien –corroboró don Basilio–. Si no te pongo otro diez es porque tienes tantos que ya

no sé dónde apuntarlos. En efecto, pequeños ignorantes: se trata de un castaño. Pero un castaño excepcional. Mirad qué tamaño. ¡Qué altura! ¡Qué grosor! ¡Qué porte! Sin duda, ya estaba aquí cuando se construyó el Canal Imperial. Incluso cuando se fundó nuestra ciudad.

–¡Oooh...! –exclamamos todos, respetuosamente, al oír semejante barbaridad.

–¿Cuántos años tiene, don Basilio? –preguntó entonces Vives.

–¿Quién, yo? A ver si te doy un sopapo, impertinente.

–No, usted no, hermano. El árbol, digo. El *castañum*.

–Ah, bueno... ¿Pues no te lo estoy diciendo, hombre? Muchos años. Muchísimos años.

–Ya. ¿Pero cuántos?

–Pues... Bastantes siglos. ¡Y basta!

Aquella respuesta nos dejó maravillados. Bastantes siglos, había dicho don Basilio. No uno ni varios, sino bastantes. Es decir, los suficientes. De todo lo que contó después –sobre los castaños, supongo– ya no me acuerdo.

Pero el caso es que, desde aquel día, varias veces a lo largo del curso, en lugar de acudir a clase de gimnasia, Vives, Lambán y yo nos escapamos del colegio por el agujero de la valla para acercarnos, paseando por la orilla del canal, hasta el tremendo castaño. Una vez frente a él, sin cruzar palabra, tratábamos de abrazar su tronco entre los tres, con la barbilla pegada a la corteza y los brazos muy, muy estirados. Siempre nos resultó imposible.

No fue hasta el otoño siguiente, cuando Lambán ya

había dado eso que las madres llaman «el estirón» –convirtiéndose en el alumno más alto de la clase, con diferencia–, cuando conseguimos abrazar el *hippocastanum*. Lo recuerdo como un momento mágico. Era una tarde de septiembre, suave como el terciopelo. Habíamos decidido que ya era hora de saltarnos a la torera la primera clase de gimnasia del nuevo curso. Avanzamos los tres como guerrilleros por la orilla del canal, entre cañas, juncos, neumáticos viejos y trozos de sofá. Llegamos a la curva y, sin pronunciar palabra, rodeamos el tronco con los brazos, como habíamos hecho tantas otras veces; pero en esta ocasión, las yemas de nuestros dedos se juntaron, al fin.

–¿Os estáis tocando? –preguntó Vives, sofocado por el esfuerzo.

–¡Sí! –respondimos Lambán y yo.

–Entonces... ¡lo hemos conseguido!

Nos abrazamos, jubilosos, como si entre los tres hubiésemos copado el podio de la Vuelta Ciclista a España.

Para celebrar aquella victoria sobre la naturaleza, decidimos bautizar a nuestro árbol con el nombre de Castaño de Lambán. Acto seguido, Vives, que ya empezaba a destacar como un tipo listo (no un mero despreciable empollón al estilo de Sánchez Velilla), expuso en público por vez primera el conocido, desde entonces, como «Principio de Vives», que reza así:

«Para que un grupo de tres elementos cualesquiera pertenecientes a la clase de 4^º B consiga abrazar el Castaño de Lambán, es condición sine qua non que uno de los tres elementos antedichos sea Emilio Lambán.»

Lo cual puede expresarse algebraicamente mediante la fórmula:

$$(x+y) + k = L$$

donde L sería la longitud del perímetro del castaño; la constante k representaría la envergadura de Emilio Lambán; y el binomio $x+y$, la del resto de los alumnos de 4^º B tomados aleatoriamente de dos en dos.

–Por tratarse de un principio, no necesita demostración –sentenció Vives, finalmente.

Y, mostrándonos los tres de acuerdo, procedimos a escribir la fórmula con tiza, sobre la corteza del árbol y con grandes caracteres.

Y allí permaneció, inalterada durante algunos meses, hasta que una cuadrilla de peones del ayuntamiento, sección de Vialidad, Agua y Vertidos, se presentó una mañana y pintó de blanco reflectante el tronco del Castaño de Lambán desde el nivel del suelo hasta una altura de dos metros y medio, asegurando que, así, los conductores que circularan por la carretera de la orilla del canal verían mejor de noche el enorme árbol.

«¡Como si no se viera bien, con lo grande que es!», recuerdo que pensé.

En efecto, desde aquel día, al ser iluminado por los faros de los automóviles, el Castaño de Lambán se divisaba por la noche desde un kilómetro de distancia. Sin embargo, los sagaces técnicos del ayuntamiento no contaron con que así, pintado de blanco, nuestro árbol resultaba casi in-

distinguible en medio de la espesa niebla que invadía los alrededores del Canal Imperial durante buena parte de las mañanas invernales.

Y esa fue la causa de que el 8 de enero de este año, exactamente a las 7.55 horas antes del meridiano, don Basilio se estrellase espectacularmente contra el Castaño de Lambán, reduciendo a chatarra el flamante Seat 600 color amarillo-natillas propiedad de la comunidad. La castaña contra el castaño fue de tal magnitud que condujo a don Basilio al hospital, donde permaneció ingresado durante seis semanas, y le obligó a guardar cuatro meses de convalecencia, siendo sustituido en sus quehaceres didácticos durante el resto del curso por don Blas.

Y aquí es, precisamente, adonde yo quería llegar: a don Blas, ni menos ni más. Porque con la incorporación de don Blas a la tutoría de nuestra clase comenzaron todos mis problemas. Que han sido tantos y tan gordos que no veo otra solución que quitarme de en medio.

3.1. Tren Articulado Ligero

Goicoechea Oriol

(23 de junio de 1970. Un poco más tarde)

Primero, he pensado ir a la estación. Pero en la estación los trenes están parados o van muy despacito y si me tiro a la vía desde un andén, seguramente lo único que conseguiré será producirme un esguince de tobillo. Y hacer el ridículo, de paso. Así que me he venido hasta el puente metálico que cruza sobre la carretera de Barcelona. El que diseñó Eiffel, ya saben...

Ahora, a ver si no tarda mucho en venir el próximo tren.

Ya lo oigo. Ha llegado mi hora. Ahí está.

—¡Adiós, mundo cruel!

Huy, qué tren tan raro... Si no echa humo. ¡Y cómo brilla! ¡Ah, claro! Ese debe de ser el Talgo. ¡Qué bonito! Había oído hablar de él, pero nunca lo había visto en persona. Bueno, en máquina y vagones, quiero decir. Desde luego, es precioso, plata y rojo como... como un camión de bomberos. Y qué despacito viene. A lo mejor es que tiene que

parar en ese semáforo. Es extraño porque había oído yo que el Talgo nunca para; que los demás trenes han de dejarle paso libre; y que ese es el motivo por el que todos los trenes españoles, salvo el Talgo, llevan siempre tanto retraso. Pero seguro que eso es mentira. Para empezar: si el Talgo nunca para... ¿cómo hacen los viajeros para subir y bajar? ¿En marcha? ¡Anda, hombre!

¡Ahí va! El maquinista me está saludando. ¡Qué majo!

—¡Adiós, adiós!

—¡Adiós, chaval! ¡Cuida no te caigas y te partas la crisma!

¡Qué chulada de tren, madre mía! Y en la locomotora ponía «Virgen del Pilar», que lo he visto perfectamente. Ya me gustaría algún día viajar en el Talgo, ya. Aunque lo veo difícil porque como hoy he decidido matarme...

Por cierto, que el Talgo ya ha pasado de largo y a mí, entre la emoción y los nervios, se me ha olvidado tirarme delante. No sé... me parece que lo del tren tampoco es buena idea...

Yo creo que lo más indicado será acudir a los métodos clásicos. En esta ciudad, lo más razonable es tirarse al río, que para eso tenemos un río estupendo, el más caudaloso de la Península Ibérica, según don Basilio.

Hala... otra vez a andar. Hay que ver lo fatigoso que resulta esto de acabar con la propia existencia.

Al menos, así les puedo seguir contando mi historia. Vamos allá.